



**MISTERIO EN LA
CALA DEL FRANCÉS**

Nati Pérez Caselles

TABARCA NARRATIVA

TABARCA NARRATIVA, 6

**MISTERIO EN LA
CALA DEL FRANCÉS**

Nati Pérez Caselles



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, de ninguna manera ni por ningún medio sin la autorización previa y escrita del editor, salvo las citas en medios de comunicación o libros si se menciona la procedencia.

- © De la presente edición: Tabarca Llibres, 2025
Pl. Alqueria de la Culla, 4 (Edif. Albufera Center, of. 104-B)
46910 ALFAFAR (València)
Tel. 963 186 007 - Fax: 963 186 432
www.tabarcallibres.com
e-mail: info@tabarcallibres.com
- © Del texto: Nati Pérez Caselles
Obra traducida del original *Misteri en la cala del Francés*,
de la misma autora y publicada por Tabarca Llibres.
- © De la traducción: Nati Pérez Caselles

Portada: Nina Llorens
Cuadro de la portada: César Rodríguez Mateo
Maquetación: Tabarca Llibres
Impresión: Leitzarán

ISBN: 978-84-8025-653-7
DL: V-438-2025



TABARCA NARRATIVA

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSEP PALOMERO

1. DHALIA_16. Pétalos en la red – Olga Borràs Boada
2. NADA QUE ESCONDER – Anna Boluda Gisbert
3. LECTURA OBLIGATORIA – Carles Durà i Herrero
4. LA CUEVA DEL LOBO MARINO – Nati Pérez Caselles
5. ESTRELLA DE INVIERNO – Roser Barrufet i Soldevila
6. MISTERIO EN LA CALA DEL FRANCÉS – Nati Pérez Caselles

MISTERIO EN LA CALA DEL FRANCÉS

Nati Pérez Caselles

TABARCA
LIBRES

 **Marfil**

 **CCIR**
EDITORIAL

Isla de Tabarca





Caminando por el sendero que conduce a la casa, observaba con admiración el paisaje, estaba anocheciendo. Ya había estado allí esa misma mañana, pero quería volver a verla de noche. No se arrepintió. En el mar, a lo lejos, se veía el brillo de los barcos que permanecían fondeados alrededor de la isla. El olor y la brisa del mar lo trasladaron a cuando era niño. La calle estaba vacía y solo se oían sus pisadas golpeando el empedrado de la calzada. Mientras caminaba, se lamentó de no haber venido antes a disfrutar de aquel lugar como lo hacía de pequeño. Ahora estaba totalmente seguro: volvería a la isla ese verano, arreglaría la casa y pasaría unos días maravillosos.

Mientras pensaba en todo eso ya había llegado a la última de las casas de la calle. Torció a la derecha y la calle empedrada se convirtió en un camino de tierra. Casi a oscuras avanzó unos pasos hasta que pudo distinguir la pequeña bombilla que iluminaba el alféizar de la puerta de aquella singular vivienda. Sintió una agradable sensación al verla, pero de repente oyó un ruido a sus espaldas; rápidamente giró la cabeza y no vio a nadie. Desde hacía unos minutos tenía la sensación de que alguien iba tras él. Con el corazón latiendo a cien por hora, echó a andar a paso ligero hacia la puerta principal de la casa, sacó la llave y la introdujo en la oxidada cerradura, abrió la puerta y antes de encontrar el interruptor de la luz sintió un fuerte golpe en la cabeza y la penumbra se convirtió en oscuridad total.



I. LLEGADA A LA ISLA

Bajamos del barco y permanecemos de pie en el espigón de cemento del puerto, esperando a que nos entregaran nuestras maletas y mochilas. La mayoría de nosotros éramos turistas que veníamos a disfrutar de unos días de vacaciones. El sol pegaba con mucha fuerza esa mañana de principios de mayo en la isla de Tabarca. Mi hermana Patricia y yo llevábamos la cabeza protegida. Ella con una sencilla gorra de color verde y yo con un sombrero de paja rodeado por una cinta de seda en la que ponía Venezia. Lo había comprado hacía unos días en la tienda del hotel en que nos alojábamos todos los estudiantes en nuestro viaje de fin de curso.

Para mí, pasar unos días en Tabarca era un premio; me encantaba el ambiente mediterráneo que desprendía la isla, su tranquilidad; su olor a algas marinas y pescado fresco, la brisa del mar, el particular sonido de las gaviotas... Además, aquí, había pasado uno de mis mejores veranos y cualquier recuerdo era para mí muy agradable. Sin embargo, para mi hermana era todo un sacrificio estar aquí en Tabarca. Se notaba en su apatía y poca ilusión. A regañadientes, reconocía

no haberlo pasado mal el verano anterior; pero estaba enfadada porque había planeado ir a ver la actuación de su grupo de música preferido, que tocaba esa misma semana en nuestra ciudad, y se lo iba a perder. La verdad es que tanto a mi prima Ana como a mí nos había costado mucho convencerla para que viniera con nosotras.

El plan era atractivo; seríamos monitoras voluntarias para ayudar en un Programa Escolar de Educación Ambiental. Por tanto, pasaríamos un fin de semana en el albergue del Centro de Educación Ambiental de la isla, compartiendo aventura con un grupo de escolares. Nuestra prima Ana y su compañero Ramón, que eran estudiantes de Grado en Ciencias del Mar, habían organizado a través de la universidad unas jornadas de limpieza del litoral de la isla para concienciar a los más jóvenes sobre la importancia de la conservación del medio ambiente y los problemas derivados de la contaminación marina y, claro está, nos había pedido ayuda a nosotras dos; sus inseparables primas, como nos llamaba cada vez que quería obtener algo nuestro. Sabía muy bien camelarnos y nosotras nos dejábamos camelar.

Mientras uno de los marineros del barco que nos había traído hasta la isla comenzaba a bajar a tierra el equipaje, yo observaba fascinada la pequeña bahía en la que algunos barcos seguían fondeados como si el tiempo no hubiera pasado para ellos. Me recordó la primera vez que pisé la isla; todo me pareció demasiado tranquilo y aburrido. Sin embargo, como luego pude comprobar, fue todo lo contrario.

El marinero terminó de bajar todo el equipaje; la maleta mediana de color azul era de Patricia y la roja pequeña era la mía. Ya nos íbamos cuando alguien detrás de mí dijo:



—¡Perdona, esa es mi maleta!

Me giré y vi a un hombre alto de unos treinta años y muy bronceado para las fechas en las que estábamos. Debajo de unas espejadas gafas de sol, llamaba la atención una gran nariz aguileña que así, de golpe, daba una sensación extraña, pero que a él le confería un aspecto interesante; además iba muy bien vestido: camisa blanca de manga larga, pantalones largos azul marino y unos impecables mocasines con hebilla. Apenas pude ver el color de su pelo, porque llevaba encajada una gorra azul marino muy desgastada por el sol, con unas letras bordadas encima de la visera. Yo, que le seguía observando, no dije nada, aún no entendía lo que sucedía; volví a mirar mi maleta y lo volví a mirar a él. Entonces fue cuando mi hermana Patricia, que es más rápida de reflejos que yo, me dio un codazo y me señaló hacia la dirección opuesta a la que estábamos. A lo lejos, aislada del resto, estaba mi maleta. Reaccioné, miré al dueño y, disculpándome, le di la suya.

Él bajó la cabeza, la cogió sin decir nada, y antes de que me diera cuenta, ya había dado media vuelta y se dirigió a paso ligero hacia la zona del pueblo.

Nosotras seguimos nuestro camino, íbamos unos pocos metros detrás de él, pero en un descuido desapareció entre la multitud de gente que atravesaba una de las tres puertas de la muralla que rodea la ciudadela y que da acceso a la calle principal de la isla. Nosotras llegamos a ese punto, y también la atravesamos para encontrarnos de golpe con una de las tiendas de *souvenirs*. Me paré delante de la puerta principal de una de ellas, era la tienda de Mario, un chico que habíamos conocido el verano anterior. No podía ver bien, ya que el sol reflejaba en el cristal del escaparate, y entre eso y

las camisetas, pareos y sombreros que colgaban de la fachada de la tienda no pude ver nada.

—¿Marina?, ¿eres Marina? —oí tras de mí.

Me giré, era Mario, el corazón me dio un vuelco. Lo reconocí por la voz. Llevaba barba de varios días y unas gafas de sol oscuras, que le cubrían sus bonitos y transparentes ojos verdes. ¿Cuánto tiempo llevaba sin verlo?, ¿casi un año? A mí se me había hecho eterno. Se quitó las gafas de sol y me dio un par de besos. Estaba igual de guapo que cuando lo vi por primera vez el pasado y emocionante verano.

—Creía que seguías en Madrid estudiando y por eso no pensé encontrarte en la isla —dije disimulando mi emoción.

—Sí, sí, sigo en Madrid, pero mi amigo Ramón se puso en contacto conmigo y me ofreció venir a ayudar en un proyecto de limpieza de residuos contaminantes de su universidad y, la verdad, no me pude resistir, él sabe lo que me gusta ayudar para conservar el medio ambiente, y además tenía muchas ganas de volver. Pensé que era una buena oportunidad de desconectar de los exámenes. Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó con curiosidad.

No me dio tiempo a contestar porque en ese mismo instante llegó Patricia con la maleta a rastras; se había quedado unos metros atrás anudando el cordón de sus deportivas. Intentó decirme algo, seguro que era para protestar porque no la había esperado, pero enseguida vio a Mario, lo reconoció y le dio un efusivo y cariñoso abrazo.

Mi hermana Patricia es así, puede estar gruñendo todo el rato por un plan que no le ha salido, pero cuando algo le entusiasma enseguida cambia de actitud. Estaba claro que, al ver a Mario, le vino a la cabeza de inmediato la estancia tan



inesperada y misteriosa que vivimos los tres juntos en la isla. Nos vimos envueltos en una peligrosa aventura. Por suerte todo salió bien.

—¡Qué ilusión volverte a ver! —exclamó Patricia.

—No esperaba que estuvierais aquí. Para mí también ha sido una grata sorpresa— dijo Mario con una amplia sonrisa que mostraba sus blancos y perfectos dientes.

Yo seguía callada, tenía el corazón acelerado y la certeza de que las casualidades no existen, las cosas ocurrían por algo. Algo que quizá se quedó a medias y que ahora era el momento de solucionar. Seguía sumergida en mis pensamientos hasta que reaccioné y, dirigiéndome a Mario, le pregunté:

—Entonces, ¿tú también vas a colaborar con el grupo de escolares que vendrán a la isla a hacer el voluntariado de limpieza del litoral?

—Sí, ¿vosotras también? —preguntó levantando las manos con las palmas hacia arriba y abriendo los ojos de par en par.

—La compañera de tu amigo Ramón, al que aún no conocemos, es nuestra prima Ana, ella es también estudiante de primero de Ciencias del Mar, nos habló de este proyecto y nos invitó a participar —le expliqué a Mario.

—Y aquí estamos —añadió Patricia interrumpiendo la conversación.

Los tres nos echamos a reír. Mario se ofreció para acompañarnos e indicarnos el lugar exacto en el que nos hospedaríamos. La isla es muy pequeña, todos los sitios son fáciles de localizar, pero no nos importó en absoluto el ofrecimien-

to de Mario. Atravesamos la plaza principal, íbamos charlando y escuchando el sonido que dejaba el traqueteo de las maletas sobre las calles empedradas. Debían de ser las doce y algo de la mañana de ese caluroso viernes de mayo. Las terrazas de los bares y chiringuitos comenzaban a llenarse de turistas: unos, desayunando; otros, tomando el primer refresco de la mañana, y otros, volviendo de la playa con la toalla colgada del cuello, seguramente ya habían disfrutado de un buen baño en las aguas cristalinas y color turquesa de la isla. Mario nos iba contando la experiencia de su primer año en la universidad y su sueño de convertirse en ingeniero naval, siempre le había fascinado construir barcos. Era un chico valiente y decidido, a veces un poco despreocupado, pero eso le daba una gracia especial. Pasamos la plaza principal y enseguida llegamos a nuestro destino. Mario se despidió de nosotras. Tenía que volver a la tienda y ayudar a su madre. A la hora de comer nos reuniríamos para organizar las jornadas de limpieza del litoral. Patricia, que no hacía ni diez minutos que no paraba de protestar, comenzaba a ponerse de mejor humor. El encuentro fortuito con Mario había cambiado mucho las cosas. Ella pensaba que, con su presencia, tendríamos ocasión de disfrutar de otra hazaña. Yo eso ni lo imaginaba. Nuestra peligrosa aventura en la Cueva del Lobo Marino fue casual; ahora, lo único que nos podría pasar en esta isla tan tranquila y poco habitada era que alguno de los chicos del colegio se resfriara o se hiciera un esguince. No se lo quise decir para no desanimarla, preferí que siguiera contenta y motivada.



2. EN EL ALBERGUE

En la puerta del albergue nos esperaba Ana. Dio un salto de alegría al vernos. Nos presentó a su compañero Ramón, un chico pecos, alto y muy delgado, que en ese momento estaba sentado delante de un ordenador, mientras él trabajaba, Ana nos enseñó las instalaciones del lugar donde estaríamos hospedados durante esos días.

El albergue no era muy grande, pero estaba muy bien organizado. En la entrada, había un pequeño pasillo que terminaba en una sala de reuniones con una enorme pizarra blanca. Delante de esta, y colocadas en largas hileras, se disponían cuatro mesas con sus respectivas sillas azules de hierro. Al fondo del todo, una mesa de ping-pong y otra de billar. Ana nos explicó que esa sala tenía doble funcionalidad: sala de encuentro con los escolares cada mañana, donde se les explicaría el plan de cada día, y sala de ocio donde ver películas y realizar juegos de mesa. Luego pasamos a los dormitorios. Nosotras tres, Ana, Patricia y yo, dormiríamos en la primera habitación, en la que había un par de literas pegadas a la pared y sus respectivos armarios.

La siguiente habitación era más pequeña y sería solo para Ramón, y, por último, las dos habitaciones más grandes del albergue: una sería para las chicas y otra para los chicos, que esa misma tarde llegarían. Las dos habitaciones eran idénticas: amplias, con mucha luz y repletas de literas perfectamente alineadas, también de hierro y de color azul como las sillas que habíamos visto hacía unos minutos en la sala de reuniones. Continuamos nuestro recorrido hasta llegar a un amplio y luminoso comedor que acababa en la cocina. Nuestra prima nos presentó a Paloma, la que sería nuestra cocinera por unos días.

Ella, nada más vernos, dejó lo que estaba haciendo, y nos saludó atentamente. Su edad debía rozar los veinte años. Se notaba en su vitalidad. Tenía unos enormes y expresivos ojos negros. Su pelo, también oscuro, se intuía por los mechones que sobresalían de su gorro blanco de cocinera. Su sonrisa era amable. Mientras, seguía con su tarea: esa misma noche tendría que dar de cenar a un montón de chicos hambrientos; nos explicaba que siempre que se alojaban grupos en este establecimiento era ella la que se encargaba de la cocina. A juzgar por su apariencia, debía de ser muy buena cocinera. Por su aspecto sano y fuerte daba la sensación de ser una persona preocupada por su alimentación y por la de los demás. Nos pareció muy simpática.

Pronto se hizo hora de comer. Vimos a Paloma tan atareada preparando la cena para recibir a los nuevos comensales que no quisimos darle más trabajo, así que decidimos ir todos juntos a uno de los chiringuitos de la playa para tomar algo y comentar los detalles del proyecto medioambiental que íbamos a llevar a cabo.



Mario nos esperaba sentado en una mesa redonda que había pegada junto a un gran ventanal. Mientras comíamos, Ramón nos explicó el proyecto y las actividades programadas para el grupo de voluntarios escolares durante todo el fin de semana. Era un chico muy bromista; cuando nos lo presentó Ana me pareció serio, pero estaba claro que me había equivocado. Se le veía con mucha soltura; nos contó que desde pequeño había participado en muchas acampadas de los scouts. Eso me gustó, me apetecía compartir con él y con los chavales actividades al aire libre. Acababa de terminar los penúltimos exámenes y necesitaba airearme. Las instrucciones de esa misma tarde quedaron bien claras por parte de Ramón: un grupo de escolares llegaría en el último barco y debíamos ir a esperarlos al puerto.

La tarde transcurrió como esperábamos: organización de habitaciones, presentación de niños, nervios, dudas y acomodación. Los chicos no pararon en toda la tarde. No me lo podía creer. Tan solo llevábamos en la isla unas horas y ya me sentía agotada. Esa misma mañana había madrugado mucho y estaba deseando que los chicos se fueran a dormir y así poder descansar.

Después de recoger la mesa entre todos, chicos y monitores, Ramón y yo aprovechamos que Paloma había salido a sacar la basura para llenar el lavavajillas y así acabar cuanto antes. Ramón, entre risas y bromas, también me confesó que estaba deseando irse a la cama a descansar.

Habíamos conectado todos muy bien, nuestra estancia en la isla parecía prometedora; mi prima Ana, siempre preocupándose por los demás, inteligente, alegre y un pedazo de pan, y Ramón, que a pesar de estar demasiado obsesionado con

el medio ambiente y de no ver más allá, sabía manejar muy bien al grupo de escolares y llevarlos a su terreno. Los que hacíamos de monitores ya nos habíamos repartido los turnos de vigilancia: esa primera noche les tocaba a Patricia y a Ana controlar a los chavales, y la noche del sábado a Ramón y a mí.

Antes de nada, debía sacar la ropa de mi maleta, que seguía cerrada y tirada en un rincón de la habitación. Mi hermana y Ana ya lo habían hecho, pero estaba tan cansada que decidí abrirla, coger mi pijama y ya sacaría el resto de la ropa a la mañana siguiente. Lo primero que vi al abrirla fue una camisa de hombre, doblada y colocada, encima de un pijama también de hombre. Me quedé boquiabierto. La ropa que contenía esa maleta no era mía. No entendía nada. Salí corriendo de la habitación en busca de Ramón. Con suerte aún no se habría acostado. Llamé a su puerta y cuando abrió, me dijo que nada de eso era suyo.

Entonces fue cuando me vino a la cabeza el incidente de esa misma mañana con el equipaje al desembarcar en el puerto; nos habíamos confundido de verdad. En ese momento me sentó fatal, menuda faena, pero después no pude evitar esbozar una sonrisa; me vino a la cabeza la escena del señor desconocido del puerto, abriendo mi maleta y encontrando ropa femenina.

Resignada, volví a mi habitación, cogí prestada a mi hermana una camiseta para dormir y me metí en la cama. Me acosté pensando en el incordio de tener que averiguar dónde estaría hospedado el dueño de esa maleta y hacer el intercambio.

Todo esto me rompía un poco los planes, y más a mí, que me gustaba tenerlo todo controlado, pero enseguida pensé



en lo fácil que sería averiguarlo; la madre de Mario, que vivía todo el año en Tabarca, conocía muy bien las casas de alquiler y los hoteles de la isla. De momento, me arreglaría con la ropa que me prestara mi hermana.

Tumbada en la cama, la única vista que tenía era la del somier de la litera de arriba. Le había tocado a mi hermana Patricia, a mí me daba igual arriba que abajo, pero al hacerlo por sorteo parecía más justo. Comencé a pensar en lo casual que había sido encontrarme con Mario y la sensación tan buena que me había dejado. ¿Habría conocido alguna persona especial en Madrid?, ¿habría pensado en mí de la misma manera que yo pensaba en él? Aunque soy orgullosa y no lo reconocería por nada del mundo, Mario me gustó nada más verlo por primera vez, pero nunca le mostré ningún interés por miedo a ser rechazada; él parecía interesado en mí, pero nunca me dijo nada y eso me desconcertaba. Mi ilusión por estar en la isla había ido creciendo. Mi estancia allí había dado un giro de ciento ochenta grados.

Al cabo de un rato, seguía despierta. Oí llegar a Patricia y a Ana, hablaban entre susurros. No recuerdo más porque me quedé dormida.

Al día siguiente, ya mucho más descansada y con ganas de comenzar la primera batida para limpiar parte del litoral de la isla, cogí ropa prestada de mi hermana, después de que ella se desternillara de risa cuando le conté la verdadera confusión con las maletas. Terminamos de desayunar, de recogerlo todo y nos pasamos a la sala de conferencias. La tarde anterior, Ramón y Ana ya habían explicado a los chicos las normas del albergue, los horarios y todas las actividades que se iban a llevar a cabo los días que íbamos a pasar juntos. Todos ellos se

tenían que distribuir por grupos y recolectar botellas, papeles, colillas, latas, plástico... este último, añadió Ana, era uno de los residuos más peligrosos debido a su lento proceso de degradación y su perjuicio para la fauna marina, que confunde los residuos con comida. También explicó Ana que, cada año, más de un millón de aves y más de 100.000 mamíferos marinos morían por todos los plásticos que llegan al mar.

Ahora que ya estábamos todos organizados, y concienciados de la importancia del cuidado del medio ambiente, Ramón aprovechó y contó un poco de la historia de la isla; explicó que los primeros habitantes, unos trescientos, procedían de un grupo de familias genovesas que estaban asentadas en la isla tunecina de Tabarka con K, y que después de un ataque del ejército turco fueron hechos prisioneros; más tarde los liberó Carlos III, entonces rey de España, y los trajo a la isla de Tabarca en 1768. Todos quedaron sorprendidos cuando Ramón añadió que, en la actualidad, tan solo quedaban durante el invierno unos veinticinco habitantes. Eso les pareció emocionante, porque en el fondo de la sala pude oír un exclamativo, ¡guau!

Creía que nunca saldríamos de allí porque la explicación de que quedaban muy pocos habitantes en la isla suscitó miles de preguntas, sobre todo de las chicas, que no hacían más que preguntar por cuestiones como si había médico en la isla, si había policía, supermercados, escuela, bazares, etc. Una vez aclaradas todas las dudas, nos pusimos a organizarnos. Ramón, que era el coordinador del proyecto, se quedaría en el albergue supervisando todo y encargándose junto a Paloma, la cocinera, de las compras, los menús y las actividades programadas para la tarde.



El resto nos dividimos en dos grupos: Ana y Patricia serían las monitoras de un grupo de diez, y Mario, que llegaba en ese mismo instante, y yo nos encargaríamos de otros diez niños. Me acerqué a Mario; llevaba unas bermudas color caqui, polo blanco y zapatillas Nike. Su pelo corto y moreno hacía que resaltaran aún más sus bonitos y expresivos ojos verdes. Noté que se había afeitado la barba que llevaba el día anterior, olía a *after shave*. Estaba guapísimo. Controlé mis emociones y comencé a pasar lista con intención de ir memorizando los nombres. La última que nombré fue a Cari: una chica muy alta para su edad, de ojos grandes y expresivos. Cuando terminé de decir su nombre, me miró y preguntó: «¿Tú eres hermana de Patricia, la otra monitora?». Yo me eché a reír; no tenía ni idea de cómo había podido llegar a esa conclusión. Mi hermana Patricia es morena con ojos oscuros, de mediana estatura y siempre está dando saltitos, no puede estar quieta ni un minuto. Yo, en cambio, tengo el pelo y los ojos más claros, y soy más alta que ella; en definitiva, físicamente dos polos opuestos. Algo en común debíamos de tener cuando Cari averiguó que había parentesco entre nosotras.

—¡Uy!... ¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —pregunté mientras le colocaba algunos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Porque pone vuestros nombres y apellidos ahí —dijo señalando hacia mi pecho.

Ahora sí que me eché a reír a carcajada limpia. Qué tonta que había sido, mira que no haberme dado cuenta, Ana y Ramón nos habían dado un chaleco reflectante de color amarillo y lo habían personalizado con nuestro nombre y

apellidos para que los chavales nos identificaran en caso de que alguno de ellos se despistara mientras hacíamos el recorrido por la isla. Cari parecía una chica espabilada y curiosa. Todos los escolares que nos habían tocado en nuestro equipo eran chicos alegres y con muchas ganas de actividad. Miré a mi hermana, que estaba a mi derecha junto a Ana, dando órdenes a su grupo. La vi contenta. Creo que ya estaba empezando a ambientarse y a olvidar el concierto que había perdido por venir a la isla.

Nos separamos. Nuestro grupo empezaría por las pequeñas calas que estaban situadas cerca de la playa, y en un par de horas volveríamos al albergue a depositar en los contenedores de reciclaje todo lo que hubiéramos recogido. Por la tarde los chicos tendrían un taller en el que se les explicaría el impacto que los residuos producían sobre el medio ambiente.

Comenzamos a cruzar la plaza central del pueblo; como era temprano, las callejuelas estaban casi desiertas. Solo se oía el eco de las voces de nuestros pequeños voluntarios hablando. Cuando llegamos a la costa, el agua del mar era tan transparente que tenías que hacer un gran esfuerzo por no tirarte de cabeza y darte un buen chapuzón. Mario nos explicaba que comenzaríamos por la cala dels Birros, y seguiríamos por la cala del Francés. Estaban muy cerca la una de la otra. Tan solo las separaba un farallón en el que de lejos se podía ver una enigmática y misteriosa casa construida al borde del acantilado. Era muy pequeña, de planta cuadrada. Su fachada blanca hacía resaltar la franja pintada de azul que marcaba el límite de las ventanas redondas y de la vieja puerta. Para mí era uno de los paisajes más idílicos de la isla.



Yo la había visto muchas veces, siempre tranquila, solitaria y enigmática. Recuerdo que, en una ocasión, Mario me contó que esa casa había sido testigo mudo de muchos naufragios.



3. LA CHICA MISTERIOSA

Comenzamos nuestra batida. Era emocionante ver a los niños con tantas ganas de trabajar. El tiempo pasó muy rápido y cuando nos dimos cuenta llevábamos casi dos horas recogiendo y examinando residuos contaminantes, así que decidimos ir a la playa principal de la isla para descansar. Los chavales aprovecharon para darse un baño y quitarse el calor acumulado de tanto coger botellas, colillas y plásticos. Mario y yo nos quedamos sentados en una roca de la playa, echando un vistazo, para que ninguno se alejara de la orilla.

Un par de chicos salieron del agua y se tumbaron en la arena. Uno de ellos dio un grito y nos acercamos para ver lo que pasaba. Se le había subido un cangrejo a la rodilla. Su compañero estaba intentando quitárselo de encima con un palo. Nosotros dos nos sentamos junto a ellos a jugar con el cangrejo, pero sin despistarnos mucho para seguir vigilando a los chicos que estaban dentro del agua. En un momento, giré la vista hacia la explanada que daba acceso al museo de la isla y algo llamó mi atención: vi la silueta de alguien que permanecía inmóvil y que nos miraba fijamente.

Aparté la mirada, disimulé y al cabo de unos minutos giré la cabeza. El sol me daba de lleno en la cara y no distinguía bien si era hombre o mujer; la silueta permanecía allí, quieta, y seguía mirando hacia nosotros. Otra figura se le acercó y señaló hacia donde estábamos. No quise decirle nada a Mario, pero quien quiera que fuese esa persona nos estaba buscando, de eso estaba segura.

El resto de los chicos comenzó a salir del agua, recogieron sus cosas y les dijimos que era la hora de volver al albergue.

De camino íbamos todos charlando, cargados con lo que habíamos recogido por las calas y playas, y haciendo un recuento a ojo para calcular la cantidad de residuos que habíamos reunido y los beneficios que eso suponía para la costa. Yo estaba entusiasmada, me encantaba la idea de pasar unos días junto a Mario, cada vez me sentía más atraída por él.

De repente, una chica joven y bastante llamativa se nos acercó. Se paró delante. Se presentó. Se llamaba Myriam. Nos pedía ayuda. Nos dijo que estaba buscando a un amigo y que le habían dicho que lo habían visto hablando conmigo.

Siendo como soy de malpensada, la aparición repentina de esa chica, y el tiempo que estuvo observándonos hasta que se nos acercó, no me dio muy buena espina.

Ella continuó hablando y dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿Viniste ayer en el barco de la mañana?

—Sí —respondí en tono seco.

—El amigo que busco se llama Óscar —continuó—. Le he dado su descripción al marinero del barco en el que llegó ayer y me ha dicho que lo vieron hablando contigo.

—Bueno —dije—. Yo hablé ayer con un pasajero, pero no



me dijo su nombre, todo fue muy rápido, habíamos confundido nuestras maletas, no me dijo nada más, y tampoco sé si es él a quien que te refieres.

—¿Cómo iba vestido, te acuerdas?

—Pues creo que llevaba un pantalón azul y camisa blanca —contesté dubitativa.

—Mira, ¿es este? —dijo mostrándome una foto desde su teléfono móvil en la que aparecía él, haciéndose un *selfie*. Llevaba la misma ropa que yo acababa de describir, pero sin las gafas espejadas de sol y sin la gorra; estaba de pie y sonriendo a la cámara, levantando el dedo pulgar en signo de triunfo. En el fondo de la foto se veía una pared de madera blanca desgastada por la humedad y, justo detrás de él, un cuadro grande con motivos marinos.

—Parece que es él, pero ya te digo que lo vi muy poco tiempo y, además, iba cubierto por una gorra y unas gafas de sol —añadí.

—Por lo que dices, debe de ser él, ¿lo has visto hoy?

—No, lo siento.

—Bueno, pues muchas gracias. No os molesto más. Se hospedó ayer en ese hotel de ahí —dijo señalando hacia un hotel pequeño que se veía al final de la calle—. Habíamos quedado en vernos esta mañana, pero no consigo dar con él. En el hotel me han dicho que en su habitación no está. Es muy raro porque tampoco me contesta al móvil.

—Pues no te puedo decir nada más —le aclaré para que nos dejara seguir nuestra marcha con los chicos.

—Gracias, iré para ver si ha vuelto.

Y la vimos marchar en dirección hacia el hotel.

No le quise contar que ese hombre había confundido su equipaje con el mío. No me fiaba mucho de ella. El encuentro fortuito con esta chica me había dado la información que necesitaba: ya sabía dónde estaba hospedado el hombre que buscaba.

En cuanto la perdimos de vista, nos pusimos otra vez rumbo al albergue, y aproveché ese momento para contarle a Mario que por una confusión, el amigo de Myriam y yo habíamos intercambiado las maletas.

Mario me miró y preguntó:

—¿Entonces tú tienes su maleta?

—Sí, parece absurdo, pero así es.

—Pero seríais muy pocos los que bajasteis del barco ayer. En estas fechas apenas hay turistas. ¡No me lo puedo creer!
—continuó diciendo, ahora muerto de la risa.

—¿Te ríes? Pues a mí no me hace ninguna gracia, fue él quien se confundió, insistió en que mi maleta era la suya, y como eran idénticas, pues nos liamos. Lo mejor de todo es que la aparición de esta chica ha evitado que tenga que indagar sobre su paradero.

—Marina, tú siempre buscando el lado positivo de las cosas, eso me gusta mucho de ti —me dijo levantando las cejas y sonriendo al mismo tiempo.

No supe qué contestar, así que me limité a sonreír. Nunca sabía qué pasaba por la cabeza de este chico que tanto me gustaba.

En el albergue nos reunimos los dos grupos para hacer una valoración conjunta de todo lo que habíamos recogido y para depositarlo en sus correspondientes contenedores de reciclaje.



El equipo de voluntarios de Patricia y Ana habían recogido muchas botellas de plástico, y acababan de llenar casi un contenedor entero. Su grupo estaba muy contento y alardeaba de su victoria. No lo habíamos planteado así, pero notamos que había cierta rivalidad entre los dos grupos por saber cuál había recogido más. Cuando ya estábamos acabando de llenar nuestro contenedor, se me acercó una de las chicas de nuestro equipo y me preguntó por Cari, la chica que hacía unas horas me había preguntado si era hermana de Patricia, a quien acababa de echar de menos. A mí me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo era posible que Cari no hubiera llegado al mismo tiempo que nosotros?

Empecé a preguntar al resto del grupo si la habían visto. Mario y yo recordábamos haber pasado lista, en la playa, antes de ponernos rumbo al albergue.

Me dirigí corriendo a la habitación de las chicas, eché un vistazo a los aseos y allí tampoco estaba.

—Ha vuelto con nosotros —dijo Mario totalmente convencido. —Lo sé porque antes de ponernos rumbo al albergue he contado, y estábamos todos.

—Pues en algún momento se debe haber despistado, porque aquí no ha llegado, he hablado con todos los de su grupo y no recuerdan si iba o no con ellos.

La isla es muy pequeña y sabíamos que no nos iba a costar ningún trabajo encontrarla, pero como responsables del grupo estábamos preocupados. Hicimos el mismo camino, volvimos sobre nuestros pasos, pero ni rastro de ella. Se había hecho la hora del aperitivo y por donde íbamos pasando veíamos gente sentada al sol, tomando un refresco y charlando. Nos íbamos acercando a la playa, no había ni

rastro de Cari, nuestra inquietud aumentaba por momentos. Cuando ya estábamos a punto de alcanzar el sitio en el que habíamos parado con los chicos para descansar y donde habían jugado con el cangrejo, sonó mi teléfono. Cari, la niña perdida, acababa de llegar al albergue.



GUÍA DE LECTURA

LA AUTORA

Nati Pérez Caselles nació en Bigastro (Alicante), cuando tenía un año su familia se trasladó a Orihuela y posteriormente a Murcia. Es licenciada en Periodismo, diplomada en Magisterio por las especialidades de Filología Inglesa y Pedagogía Terapéutica. Actualmente trabaja como profesora en Torrevieja (Alicante) ciudad donde reside.

En el año 2016 publicó su primera novela, *La Cueva del lobo Marino*, editada en primer lugar en valenciano y posteriormente en castellano. Más tarde publicó, *Mensaje en una botella*, y *Tres setmanes a Brighton*. Ha participado junto a otros autores en un libro de cuentos con prólogo de la escritora, Rosa Montero. *Misterio en la cala del Francés*, es su tercer libro publicado primero en valenciano y ahora en castellano en nuestra editorial.

Siempre ha disfrutado mucho leyendo y escribiendo. De sus primeras lecturas recuerda los libros de *Los Cinco* y *las aventuras de Sherlock*. Su intención a la hora de escribir es contar historias que a ella le hubiera gustado leer en su ado-

lescencia. Historias sencillas y sin segunda intención, escritas con el único propósito de entretener y transmitir ciertos valores hoy día un poco olvidados.

ACTIVIDADES PREVIAS A LA LECTURA

- 1.** Sería conveniente que antes de leer la novela investigaras dónde está localizada la isla de Tabarca. Puedes buscar en internet información sobre la geografía, historia, demografía, etc., para comprender mejor la lectura.
- 2.** ¿Te dice algo el título de la novela? ¿Crees que por el título puedes adivinar de qué trata? Comenta con tus compañeros qué crees que ocurrirá en esta historia.
- 3.** ¿Te gustan las historias de aventuras y misterio? ¿Qué otras historias de misterio has leído? ¿Te han gustado?
- 4.** En la sinopsis de la contraportada del libro se explica que un grupo de escolares van a pasar un fin de semana a un albergue de la isla para colaborar en la limpieza del litoral. ¿Crees que es importante respetar el medio ambiente? ¿Por qué?



ACTIVIDADES DURANTE LA LECTURA

Estas actividades están diseñadas para que se realicen después de leer cada capítulo con la finalidad de ayudar a comprender mejor la historia.

Capítulo 1: Llegada a la isla

5. ¿Qué otro título le pondrías a este capítulo?
6. ¿Te gustaría pasar unos días en la isla de Tabarca? ¿Por qué?
7. ¿Conocías a los protagonistas de este capítulo, Mario, Marina y Patricia? ¿Sabías que ya vivieron una aventura detectivesca en otra novela? ¿Sabes cómo se titula?
8. Si fueras Patricia ¿estarías igual de enfadada por tener que hacer un plan diferente al que pensabas?
9. ¿Crees que a Mario también le gusta Marina?

Capítulo 2: En el albergue

10. ¿Qué opinión te has llevado del albergue? ¿Te gustaría ir?
11. Ramón ha sido *boy-scout*. ¿Sabes que es un *boy-scout*?
12. ¿Alguna vez has confundido tu maleta con algún otro viajero? Si es así, explica tu experiencia.
13. ¿Tienes curiosidad por saber qué pasará en el próximo capítulo?

Capítulo 3: La chica misteriosa

14. ¿Has participado alguna vez en un programa de limpieza del litoral en algún otro programa para cuidar el medio ambiente?
15. ¿Según tú, qué habría que hacer para fomentar y potenciar el respeto por la naturaleza?

- 16.** Ya sabes que la contaminación por el plástico está matando a muchos animales marinos. ¿Se te ocurre alguna manera de evitar que usemos tanto plástico?
- 17.** ¿Cuáles crees que son las intenciones de Mario?

Capítulo 4: ¿Dónde está mi maleta?

- 18.** ¿Te intriga la historia de Óscar? ¿Qué crees que le puede haber pasado?
- 19.** ¿Qué te ha parecido el hotel? ¿Crees que Óscar puede estar escondido en alguna de las habitaciones?

Capítulo 5: Primera pista

- 20.** ¿Has visitado alguna vez un faro? ¿Te ha parecido interesante la historia del faro de Tabarca? ¿Te gustaría visitarlo?
- 21.** Patricia considera que su hermana Marina es muy fantasiosa. ¿Crees que la gorra que lleva Cari, una de las escolares, podría ser una pista para encontrar a Óscar?
- 22.** ¿Si te vieras en la misma situación que Marina, pensarías que a Óscar le ha pasado algo?

Capítulo 6: Último día en la isla

- 23.** Marina abandona los juegos de la playa para acudir a su cita con los agentes de la guardia civil, ¿Tú también estarías nervioso/a?
- 24.** ¿Crees que lo que ha explicado Marina a la guardia civil les ha convencido?
- 25.** Marina se encuentra una libreta pequeña en un bolsillo de su maleta. Si no recordaras haberla puesto allí, ¿la abrirías en ese momento o esperarías como hace Marina para abrirla más tarde?

ÍNDICE

1. LLEGADA A LA ISLA	11
2. EN EL ALBERGUE	17
3. LA CHICA MISTERIOSA	27
4. ¿DÓNDE ESTÁ MI MALETA?	33
5. PRIMERA PISTA	39
6. ÚLTIMO DÍA EN LA ISLA	47
7. #TABARCA	55
8. BUSCANDO LA COMPLICIDAD DE MARIO	61
9. LA LLAVE DE LA CASA	69
10. EXPLORANDO	75
11. MÁS PISTAS	85
12. TÚNELES	91
13. AL RESCATE	101
14. UN DESENLACE INESPERADO	111
GUÍA DE LECTURA	117

NATI PÉREZ CASELLES nació en Bigastro (Alicante), pero cuando tenía un año su familia se trasladó a Orihuela y posteriormente a Murcia, donde estudió Magisterio y Periodismo. Actualmente trabaja como profesora de Secundaria en Torrevieja, donde reside. En Tabarca juvenil ha publicado *La Cueva del Lobo Marino*, en castellano y valenciano, *Tres setmanes a Brighton* y *Misteri en la cala del Francés*.

MISTERIO EN LA CALA DEL FRANCÉS

Es una novela de aventuras y misterio ambientada en la isla de Tabarca donde dos hermanas, Marina y Patricia, que participan en un proyecto de voluntariado de conservación del medio ambiente de la isla, se encuentran inmersas en la extraña desaparición de un hombre. Con la ayuda de su amigo Mario —a quien ya conocen de una aventura anterior— superaran varios peligros y resolverán el misterio.

ISBN 978-84-8025-653-7



9 788480 256537

